

LA CONCEPCIÓN DE LO FEMENINO EN UNAMUNO: ENCUENTRO EN UN ENTREACTO

Bettina Pacheco

Universidad de Los Andes

bettinaomaira@yahoo.com

RESUMEN

A través de una lectura comparativa de los ensayos de Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo* y *Del sentimiento trágico de la vida* fundamentalmente, se establecen las relaciones entre las ideas expuestas en estos ensayos, y la ficción. Se destaca la concepción de lo femenino que se desprende del perfil de los personajes principales de las novelas *Dos madres* y *La tía Tula*, dando cuenta de lo que podría entenderse como un particular feminismo unamuniano.

Palabras-clave: Miguel de Unamuno, feminidad y feminismo, ensayística y novela.

ABSTRACT

By reading comparatively Miguel Unamuno's essays *En torno al casticismo* and *Del sentimiento trágico de la vida* mainly, we establish the communicative links relating the ideas and concepts there exposed with fiction. The concept of what is feminine stands out, emerging from the profiles of the main characters in the novels *Dos madres* and *La tía Tula*, giving an account of what might be considered as peculiar Unamunian feminism.

Key words: Miguel de Unamuno, femininity, feminism, essay, novel.

RÉSUMÉ

En faisant une lecture comparative des essais de Miguel de Unamuno, fondamentalement *En torno al casticismo* et *Del sentimiento trágico de la vida*, on établie les rapports entre les idées

exposées dans ces essais et la fiction. On détache en plus la conception du féminin qui surgit du profil des personnages principaux dans les romans *Dos madres* et *La tía Tula*, en rendant compte de ce qui peut évoquer la conception particulière du féminisme selon Unamuno.

I. Unamuno ensayista

Una de las virtudes del ensayo es su carácter subjetivo, por lo que se le ha llegado a considerar como una confesión, como parte de la biografía del autor, ya que sus sentimientos e intimidades no dejan de colarse entre sus líneas: “Yo no he hecho más mi libro, que mi libro me ha hecho a mí”, dirá Montaigne. Y es quizás esta carnalidad espiritualizada en que se convierte el texto ensayístico, la que llevará a José Luis Gómez-Martínez, en un estudio sobre este género, a decir que no se puede separar al ensayo del ensayista, y a afirmar que “el ensayo en la prosa corresponde a la lírica en poesía” (Gómez-Martínez, 1981:48).

Otro rasgo distintivo del ensayo sería su carácter dialógico, el ensayista siempre incluirá al lector en su texto, se inventará si es necesario un “antagonista” con el cual confrontar sus ideas para mejor discurrir en medio de esas meditaciones que, a modo de un pensar en alta voz, se registran en la escritura gracias a un lenguaje que, cercano al habla, comunicará mejor al autor con su lector.

Esto es muy notable en la obra ensayística de don Miguel de Unamuno, así como el hecho de que algunas de sus ideas, ya desarrolladas, ya apenas expuestas en varios de sus ensayos, tomarán cuerpo en la ficción de sus novelas. De modo que su predilección por la actitud dialógica y su aversión a encasillarse si llegara a escribir obedeciendo a la preceptiva que impondría un género determinado, lo llevarán a escribir ensayos líricos o novelas-ensayo o poemas-novela:

...el que siendo sueño de una sombra y teniendo con-

ciencia de serlo sufra con ello y quiera serlo o quiera no serlo, será un personaje trágico capaz de crear y de recrear en sí mismo personajes trágicos —o cómicos— capaz de ser novelista; esto es: poeta y capaz de gustar de una novela, es decir, de un poema (Unamuno, 1990: 59).

En cuanto al tema de las presentes divagaciones, la sustancia de lo femenino en Unamuno, es evidente que las afirmaciones muy breves que hace don Miguel en sus ensayos son desarrolladas luego encarnadas en sus personajes novelescos, sobre todo los femeninos, fundamentalmente en dos de sus novelas: *Dos madres*, novela breve publicada en 1920 junto a otros textos bajo el título englobante de *Tres novelas y un prólogo*, y *La tía Tula*, publicada en 1921.

Este asunto de la mujer se lo plantea Unamuno asociado a su posición frente a la sensualidad y a su concepción del amor, el dolor y la maternidad. Unamuno parece rechazar la sensualidad que “padece” siempre el ser humano; así, en una nota a pie de página que incluye en su ensayo *En torno al casticismo*, escribirá lo siguiente, con notable puritanismo: “La peste del sadismo inficiona la literatura francesa, como si no hubiera más realidad que la lujuria. En la típica novela de Laclos llega al proselitismo con la repugnante marquesa de Merteuil... En nuestros días, *A rebours*, de Huysman, ofrece un ejemplo asqueroso” (Unamuno, 1991:107).

Igualmente en *Del sentimiento trágico de la vida* al referirse a los amantes dirá “El amor sensual confundía sus cuerpos, pero separaba sus almas, manteníalas extrañas una a otra” (Unamuno, 1976:163). Es por esta posición espiritualista, muy unamuniana, que los personajes masculinos de las novelas antes mencionadas, siempre aquejados de sensualidad, aparecerán caracterizados como individuos débiles, sin voluntad, en contraste con la fuerza del personaje femenino protagonista de la novela; esto es lo que sucede con don Juan frente a Raquel, en *Dos madres*, y con Ramiro frente a Gertrudis, en *La tía Tula*.

Junto a esto hay que reconocer que no deja don Miguel de hacer referencias a lo femenino de la manera más convencional, es decir, con la marca negativa de lo que se asocia a lo débil y sensible-ro. En su ensayo *Del sentimiento trágico de la vida*, no pudimos dejar de notar expresiones como éstas: “De aquí arrancan todas las afeminadas sensiblerías contra la guerra” (p.57). También, en *En torno al casticismo*, leemos lo siguiente:

...la insociabilidad es uno de nuestros rasgos característicos. Dilatada a las relaciones sexuales, fomenta nuestra insociabilidad el brutalismo masculino, fuente de huraña grosería y de soeces desplantes, para acabar sometiendo a los hombres como polichinelas a caprichos e intrigüelas femeniles (p. 158).

Aquí, junto a la visión degradada de lo femenino debido a las manipulaciones atribuidas al temperamento de la mujer, aparece de nuevo el rechazo a la sensualidad que Unamuno encarna, sobre todo, en el sexo masculino, de allí que los hombres de algunas de sus novelas sean débiles porque son presa de la lujuria, como ya dije. Por ello a lo largo de las dos novelas mencionadas encontraremos expresiones como “los hombres sois todos unos cochinos”, dichas por una mujer, por supuesto, generalmente la heroína, y referidas a las necesidades sexuales que lo hombres manifiestan constantemente y a las que la mujer debe someterse para remediarlos de sus apetitos carnales.

De manera que será la maternidad, biológica y espiritualmente entendida, la que dignificará a la mujer en la concepción unamuniana del amor y del ansia de perpetuidad que define al ser humano. Por ello, al referirse a la educación de la mujer, dirá lo siguiente:

...yo no sé que sino me persigue, que nadie ha logrado aún interesarme por eso del feminismo, ni logro verlo como problema sustantivo y propio, sino como corolario de otros problemas...Podrá parecer ello muy superfi-

cial y grosero, pero para mí todo el feminismo tiene que arrancar del principio de que la mujer gesta, pare y lacta. Está organizada para gestar, parir y lactar, y el hombre no. Y el gestar, parir y lactar llevan consigo la predominancia de la vida vegetativa y del sistema linfático, y con ellos el sentido práctico. Hasta cuando tiene menos inteligencia, tiene más sentido común que el hombre (Unamuno, 1966: 1020-1021).

De modo que para Unamuno la mujer es sobre todo madre, sólo como tal ama:

El amor de la mujer, sobre todo, decía que es siempre en el fondo compasivo, es maternal. La mujer se rinde al amante porque le siente sufrir con el deseo. Isabel compadeció a Lorenzo, Julieta a Romeo, Francisca a Pablo. La mujer parece decir “¡Ven pobrecito, y no sufras tanto por mi causa!”. Y por eso es su amor más amoroso y más puro que el del hombre y más valiente y más largo (Unamuno, 1976: 165).

Este pasaje en el que se habla del amor maternal de una mujer hacia su hombre aparecerá en sus novelas ficcionadas, pero con un trasfondo autobiográfico, puesto que un episodio de la vida de don Miguel, cuando en 1897 sufre una crisis de llanto y su esposa Concha lo sienta en sus piernas para consolarlo diciéndole “¡hijo mío, hijo mío!”, aparecerá en *Dos madres* en una escena en la que la poderosa Raquel sentará en sus piernas al débil y sollozante don Juan para reconfortarlo maternalmente.

Aún cuando hoy podamos entender la posición de Unamuno frente a la sexualidad femenina como falseadora, desde el momento en que parece negarla, creo que también puede notarse en estas concepciones unamunianas una posición reivindicativa frente a la mujer, ya que tradicionalmente es a ésta a la que se le ha acusado de

lujuriosa y débil ante sus instintos, de perdición del hombre; los cuentos de *El Decamerón*, podrían ser tan sólo un ejemplo de la literatura universal, así como las afirmaciones de tantos escritores, religiosos y filósofos que a través del tiempo la han demonizado culpándola de los deslices del “indefenso” sexo masculino. De ahí que nos atreviéramos a hablar de un “feminismo unamuniano”, muy *sui generis*, por supuesto, patente en algunas de sus posiciones ante la mujer, sobre todo cuando le reconoce inteligencia, fuerza y poder, cualidades observables en la configuración de los personajes de sus novelas.

II. DEL ENSAYO A LA NOVELA

Si la función del ensayista es, entre otras, la de establecer un vínculo entre las imágenes y los conceptos, no es otra la de un novelista como Unamuno:

...no pretendo otra cosa sino discurrir por metáforas. Y es que ese sentido social, hijo del amor, padre del lenguaje y de la razón y del mundo ideal que de él surge, no es en el fondo otra cosa que lo que llamamos fantasía e imaginación. De la fantasía brota la razón (1976: 70).

Sus novelas serán, entonces, ideas que tomarán carne y forma en imágenes ficcionadas; no encontraremos en ellas la descripción física de los personajes ni el ambiente que lo rodea y enmarca. No se busca plasmar con realismo una situación histórica determinada, se tratará más que de un argumento al modo realista, de una serie de acciones que serán la excusa para desarrollar determinadas ideas que al autor le interesa indagar, encarnándolas en personajes vivos que a la vez son símbolos:

Sí, ya sé la canción de los críticos que se han agarrado a lo de novela; novelas de tesis, filosóficas, conceptos personificados, ensayos en forma dialogada... y lo demás. Pues bien; un hombre, y un hombre real, que quiere ser

o que quiere no ser, es un símbolo, y un símbolo puede hacerse hombre. Y hasta un concepto. Un concepto puede llegar a ser persona (1990: 55).

Así es como en *La tía Tula*, Unamuno desarrolla el tema de la personalidad femenina, de un nueva Eva que representa la fuerza de lo femenino, de lo femenino en estado puro, definido como un fuerza espiritual fundadora que confronta lo puramente instintivo en función de lo doméstico, de la vida cotidiana como edificadora de sociedades sostenidas por una casta de mujeres que, en el caso de Gertrudis, o Tula, el personaje central de la novela, ha heredado de su madre y ésta de su abuela y que ella dejará, a la vez como herencia al morir, a Manuela, una de sus hijas espirituales.

Tula no será, según mi apreciación, un personaje de carne y hueso; a pesar de que se nos presenta con contradicciones, dudas y pasiones ocultas, me parece más bien un personaje paradigmático, arquetipal, que representa la fuerza fundadora y procreadora de la mujer, el peso y el valor de lo femenino, la poseedora del misterio de la procreación, receptáculo de una sabiduría innata y poderosa. De ahí el temple de Tula, la seguridad de sus actuaciones como cabeza del hogar. Por ello su tío, el padre Primitivo, la compara varias veces con Santa Teresa, por poseer todas las cualidades antes mencionadas. Podríamos entender la caracterización de este personaje como una propuesta unamuniana para un nuevo orden de lo femenino que encontraría su razón de ser en la procreación no sólo de vidas sino también de espíritus, elevando a la mujer desde la patriarcal concepción de simple procreadora, asimilada a la naturaleza, para elevarla a la de fomentadora de elevados ideales.

La novela comienza presentando a los personajes centrales del conflicto: Rosa y Gertrudis, una pareja de hermanas que nos instalan en un mundo fuertemente marcado por lo femenino donde lo erótico o lo sexual es omnipresente, asociado a la mujer en Rosa, “cofre cerrado” de ternuras y delicias; y en los ojos de Tula, tenaces y pro-

fundos, de donde se deduce que la mujer será lo cerrado, lo misterioso. Frente a ellas, y en medio de ambas, se nos presentará a Ramiro, el hombre que unirá y separará a esta pareja “sororal”, para decirlo en términos unamunianos. Este personaje aparecerá siempre desdibujado, perfilado en medio de la dialéctica del ser y el parecer que se diseña en la obra en torno a él. De modo que la duda, la incertidumbre, se harán presentes referidas a él puesto que “parece” que es guapo, se “cree” atraído por Rosa, por lo que en este juego de apariencias, Ramiro será un personaje inseguro, sin carácter ni voluntad para enfrentar los designios de Gertrudis, su futura cuñada.

También desde el principio sabemos el destino escogido por Tula: el de ser tía. Frente a las únicas opciones que tiene la mujer de su tiempo, el matrimonio o el convento, ella ha tomado otra decisión. Tula parece ser de una casta distinta al estereotipo femenino: es seria, voluntariosa, práctica, racional. Por ello, al casar a su hermana, asume su soledad, su soledad “sororal”, elección dura, pero libre y conscientemente realizada, con lo que no renuncia a su ansia de perpetuación e inmortalidad, su pasión de madre, puesto que lo logrará a través de su hermana.

Una vez casada Rosa, Tula sólo se siente realizada cuando ésta da a luz al primer hijo, ella hace de comadrona ayudando al médico con una destreza natural, y se hace cargo de la crianza del niño, motivando a su hermana para que atienda al marido y pueda así tener más hijos, ya que ésa es para ella la función del matrimonio. Muestra, a la vez, un obsesivo temor de que el niño pueda percatarse de la sensualidad de sus padres, denotando con ello la natural repugnancia que siente ante las relaciones sexuales. Tula, redonda y completa en su feminidad, rechaza al varón, calla dentro de sí cualquier llamada de la sensualidad que la acerque o iguale al hombre y a la debilidad ante la urgencia sexual que caracteriza al macho.

Lo masculino siempre es presentado bajo la óptica de Tula, de ahí que para ella el hombre no entienda muchas cosas, sus preocupa-

ciones serán, según su parecer, de segundo orden dentro de su sistema de valores, de ahí su frecuente exclamación “bobadas de hombre”. Lo que suscribe hasta su tío materno, el padre Primito, que tanto admira y respeta a Tula por considerarla inteligente y sabia, cualidades que para él son atributo femenino, puesto que está convencido de que la “sabiduría iba en su linaje por vía femenina”. La propia Tula consciente de su superioridad le dirá al padre Primitivo “Yo siempre temo de los hombres, tío”, ya que no considera que éstos constituyan el sexo fuerte. De ahí que en “en los sótanos de su alma”, Tula diseña su modelo de mujer, lo que ella quiere ser, por eso huye de la atracción mutua que hay entre ella y Ramiro y procura el matrimonio de éste con su hermana Rosa, como manera de preservarse y lograr su objetivo: ser Tía-madre, asumiendo con este acto la soledad de la mujer, de toda mujer, distinta y distante del hombre.

Tula, en ese pequeño cosmos, también redondo y completo en tanto femenino que es el hogar de su hermana y su cuñado, se convierte en el árbitro que posee las claves de la vida y la muerte. A la vez que en vuelve en pañales a la segunda hija del matrimonio, amortaja poco después al bueno del padre Primitivo, a quien le debía su devoción a la Santísima Virgen Madre, modelo que ella se ha propuesto como proyecto vital, en su pasión por perpetuarse

Muere Rosa y la voluntariosa Gertrudis, la mujer que no ha querido casarse porque, entre otras cosas, prefiere elegir a ser elegida, se muda a casa de su cuñado a seguir tejiendo con mano diestra e indispensable los eslabones del ciclo de la vida, de la cotidianidad intrahistórica, la que sólo con amor maternal y sororal, según la propuesta unamuniana, puede darse. Esta visión de mundo la va a reconocer el propio Ramiro, ya viudo, en una reflexión expuesta por el narrador en tercera persona, a manera de monólogo. En ella Ramiro reconocerá el verdadero amor que lo unía a Rosa, que no es ese que se manifiesta con gestos y palabras de folletín, sino el que se vive a diario, sin mencionarlo, como callada plegaria, como oración cons-

tante y secreta elevada a Dios en el cotidiano y simple vivir. Ése es el verdadero amor, el que fructifica en hijos que hacen gozo del sufrimiento que conlleva el traerlos al mundo y criarlos, además de que son la garantía de la inmortalidad al perpetuarnos como personas, como sociedad, como especie. Es el amor que une vida y muerte el que descubre Ramiro, luego de la muerte de Rosa, y es el que oficia Tula entre pañales y mortajas.

La vocación de perpetuidad, el ansia de inmortalidad que signan nuestro trágico vivir, según el pensamiento unamuniano, se simbolizará en el rol de madre que Tula asumirá desde la desaparición de Rosa. Será la madre de sus sobrinos y del propio Ramiro, al que sólo le manifestará el mismo amor que siente por los niños, ya que en su rechazo de la sensualidad, en su papel de virgen-tía-madre no se permitirá “conocer” varón. Sólo ante un Ramiro postrado de muerte confesará el amor de mujer que había sentido por él y del que huyó conscientemente para no traicionar su proyecto de vida. En este episodio, en el que besa a Ramiro ya muy enfermo, se establece la relación entre Tula y Abisag, la sunamita, última esposa del rey David que lo atendió en su lecho, ya viejo y enfermo, conservando su virginidad. A ella alude Unamuno en el prólogo de la novela, con lo que de nuevo observamos lo mucho que valoraba la castidad como virtud en la mujer.

Elevada a mujer primordial, Tula se compara con Eva, la primera mujer, por su curiosidad, la Eva civilizadora que pecó por deseo de saber. Esta idea está presente en *Del sentimiento trágico de la vida*, cuando dice:

...el progreso arranca, según esta leyenda del pecado original. Y así fue como la curiosidad de la mujer, de Eva, de la más presa a las necesidades orgánicas y de conservación, fue lo que trajo la caída y con la caída la redención, la que nos puso en el camino de Dios, de llegar a Él y ser en Él...la curiosidad o deseo de saber,

lo que según el Génesis, llevó a nuestra primera madre al pecado, es el origen de la ciencia (1976: 63-65).

Es ésta una reivindicación de Eva y con ella de todas las mujeres, necesaria quizás ya que, según afirma Tula en la novela, la religión cristiana es religión de hombres que no redime a la mujer:

¡Cuando una no es remedio es animal doméstico y la mayor parte de las veces ambas cosas a la vez! Estos hombres... ¡O porquería o poltronería! Y aún dicen que el cristianismo redimió nuestra suerte, la de las mujeres... El cristianismo al fin y, a pesar de la Magdalena, es religión de hombres —se decía Gertrudis—, masculinos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...! ¿Pero y la Madre? La religión de la Madre está en “He aquí la criada del Señor; hágase en mí según tu palabra” y en pedir a su Hijo que provea de vino a unas bodas, de vino que embriaga, alegre y hace olvidar penas, y para que el hijo le diga: “¿Qué tengo yo que ver contigo? Aún no ha venido mi hora” ¿Qué tengo yo que ver contigo...? Y llamarle mujer y no madre... Y volvió a santiguarse, esta vez con verdadero temblor. Y es que el demonio de su guarda —así decía ella— le susurró: “¡Hombre al fin!” (1993: 156).

Un fragmento como este demuestra, a mi juicio, que hay un planteamiento feminista en Unamuno —a pesar de que su propuesta reduzca a la mujer primando su rol de madre, privilegiando a su vez la castidad como virtud—, puesto que le concede a la mujer como tal, fuerza, constancia, voluntad, inteligencia y sabiduría. Es muy claro el intento de conformar lo femenino con sólida sustancia, con remarcado signo positivo, sin los acostumbrados ribetes de debilidad, servilismo e inferioridad. Con ello sustrae a la mujer de su determinismo biologista, porque, aunque paradójico, aquí el planteamiento de la maternidad no se ejecuta desde el hecho de la concepción y el parto, sino desde la continuación de una progenie de sólidos valores espirituales, fundadores de un orden social, donde lo femenino no se define sólo en contraste con lo masculino: “Cada

hombre es un mundo”, “Y, cada mujer una luna”, se dirán don Juan el médico pretendiente de Tula y ella misma, planteando un drama aún no resuelto en la guerra de los sexos. De modo que aquí se trata del ámbito de lo eterno, de la familia inmortal, de la humanidad, de la eternidad espiritual de la familia, de la presencia que hay que dejar en la memoria de los nuestros, en la memoria colectiva, otra manera de entender la inmortalidad.

Y para finalizar, fundiendo en un solo gesto de la pluma de Unamuno al hombre, al poeta, al novelista, al filósofo y al ensayista, cerramos con este pasaje de *Del sentimiento trágico de la vida*, elocuente por sí mismo por el alto valor que le otorga a la literatura como visión de mundo:

...abrigo cada vez más la convicción de que nuestra filosofía, la filosofía española, está líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística, sobre todo, y no en sistemas filosóficos... Las coplas de Jorge Manrique, el Romancero, el Quijote, La vida es sueño, la Subida al Monte Carmelo, implican una intuición del mundo y un concepto de la vida.

Madrid, 2000

REFERENCIAS

- Gómez-Martínez, J. (1981). *Teoría del ensayo*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Unamuno, M. (1966). La educación. En *Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. (1976). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Espasa Calpe
- Unamuno, M. (1990). *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Madrid: Espasa Calpe.
- Unamuno, M. (1991). *En torno al casticismo*. Madrid: Espasa Calpe